

# PINOCHO

AÑO. V  
NUM. 235

25 cts

18 AGOSTO  
1929



- VAMOS A VER ¿CUAL ES LA FIESTA MAYOR DEL AÑO  
- ¡EL DIA QUE EN MI CASA SE COME POLLO!

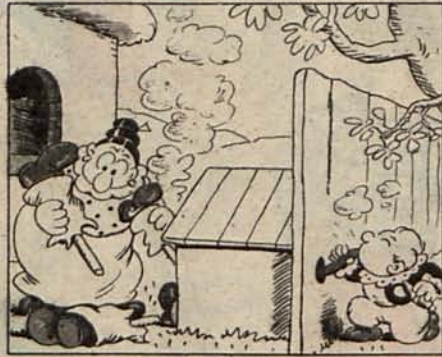


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

en 12 de Septiembre. No sabía aun Ralph entonces nada de lo que a tí te

ha sucedido; tú, además, no le has teleografiado desde El Cairo si no a Bombay. Te la leo yo, porque está escrita con tan mala letra que tendrías que emplear un tiempo precioso en descifrar estos garabatos.

Se sentó frente a mí y se puso a leer la carta que transcribo:

«Queridísimo abogado:

«Aquí me tienes dispuesto a referir lo que nos ha acontecido desde que hemos dejado a nuestro amigo en la estación de Bolonia hasta el día de hoy. La aventura a que nos hemos consagrado viene complicándose por medio de personas y sucesos tan imprevistos y raros que nos dan la ilusión de vivir una vida ficticia, de esas que se nos ofrecen en las novelas extraordinarias, y nos hacen esa vida más y más interesante aun desde lo que yo llamaría «el punto de vista profesional».

»Pero he aquí los sucesos y las personas que los han determinado y que parecen intentar prepararnos otras y aun mayores sorpresas.

»Llegamos a Brindisi, donde el expreso enlaza con el vapor para Suez, con algún retraso. No teníamos más que el tiempo de comer un bocadillo a la desesperada, y embarcarnos. Yo, que me había encargado de sacar nuestros billetes, me ví precedido ante la taquilla del más curioso tipo de viajero que he encontrado en mi vida por las vías férreas de todo el mundo. Un señor no muy alto, seco, la cara completamente rasurada, de edad indefinible oscilando entre los cuarenta y los sesenta, y, cosa extraña

para quien se disponía a un largo viaje, ataviado con el más impecable traje de etiqueta: frac, pechera, zapatos de charol y clac; los guantes blancos le asomaban a medias por un bolsillo del pantalón, y en los dedos le chispeaban algunas sortijas de brillantes. El singular viajero hablaba francés rodando velozmente las erres, y parecía desolado de no tener tiempo para detenerse brevemente en Brindisi.

»—¿Ni tan sólo media hora para hacer unas cuantas compras?—preguntó.

»—Ni siquiera cinco minutos— le contestó el empleado extendiendo las manos hacia mí que le pasaba ya los billetes a través del ventanillo. —El tren ha llegado con retraso y el vapor debía haber zarpado ya.

»El caballero del frac se marchó renegando de los ferrocarriles italianos y haciéndome recordar ciertos inconvenientes similares que con harta frecuencia me habían contrariado también en los ferrocarriles franceses. Y no le volví a ver si no a bordo, sobre cubierta, siempre con su inoportuna indumentaria. Habiendo oído en Brindisi que hubiera deseado hacer algunas compras, imaginé querría cambiar de traje, y mi buen genio me aconsejó acudir en su ayuda.

»Me acerqué a él, y sin más preámbulos le dije, apuntando con los ojos al traje que llevaba:

»—Creo, caballero, que no le será difícil encontrar entre los pasajeros de 3.<sup>a</sup> clase alguien bien dispuesto a ceder a usted un vestido...

»Parecióme que encontraba mi intromisión embarazosa; evitó mirarme a la cara, y no me respondió sino con monosílabos o breves palabras:

»—¿Cree usted?

»—Esos emigrantes llevan a veces en su equipaje un terno que guardan para las grandes ocasiones...



»—Pero...

»—Naturalmente, no será de corte muy elegante; pero quizá pueda encontrarse quien tenga uno nuevo y de género aceptable.

»—¿Y...?

»—¡Oh! se hace pronto. Se encarga al camarero que lo busque, y dentro de poco podrá usted mudarse.

»El camarero oyó la orden, inclinó la cabeza y se marchó en busca del traje. Yo, entre tanto, observaba con curiosidad a mi lacónico interlocutor; y como éste pareció al poco rato molesto por mi muda inspección, le dirigí a quema-ropa una pregunta:

»—¿Viene usted de Francia?

»—Sí.

»—¡Hermoso país el de Francia y hombre de exquisita finura el francés! Un país y un pueblo que gozan de todas mis simpatías. Yo siempre vuelvo entre ustedes muy a gusto. Ahora estuve un mes en París y aseguro a usted que he dejado con pesar su hechicera ciudad. Voy a la India; es la tercera vez que vuelvo. ¿Iría usted también a la India por casualidad?

»—Sí.

»—Para asuntos urgentes, supongo, puesto que ha tenido usted que partir tan de improviso... ¿O acaso alguna desgracia?

»—Poco menos.

»Literalmente, no era posible sacarle tres palabras del cuerpo. Pero no me desanimé ni demostré ofenderme por su actitud. Y como él continuaba en su poco urbano semimutismo, me puse a hablar de la India y sus habitantes, del Gobierno inglés y las colonias y de las dificultades con que puede tropezar en el país quien no haya estado en él; hasta que volvió el camarero con un traje marrón que el señor del frac pagó sin regatear el precio. Ordenó al criado que se lo llevará al camarote, luego me saludó con una ligera inclinación de cabeza pronunciando unas palabras de agradecimiento y marchó a mudarse.

»Roído por la curiosidad, quise consultar en seguida el registro de los pasajeros, para cono-

cer el nombre de aquel extraño turista. Habíase inscrito, sencillamente así: *J. Fayollet, banquero, París*. Pero de pronto se me ocurrió que este podría ser un nombre falso porque, por aquella especie de estrabismo psicológico que nos impide en ciertas ocasiones dar a las cosas y los hechos la explicación más sencilla y natural, había construido ya toda una novela judicial en la que el señor del frac hacía el papel de protagonista y sufría persecución de la justicia por algún delito horrible y misterioso.

»Me fuí en busca de los amigos que habían subido a fumar sobre cubierta, para comunicarles mis impresiones y mis sospechas acerca del extraño individuo en que también ellos se habían fijado; pero no se pudo conjeturar mucho porque a poco reapareció entre nosotros. Hubiérase creído que con el traje había cambiado la persona, o por lo menos el carácter. Yo, en vista de ello, me apresuré a hacer una consideración psicológica bastante sutil, pensando que al quitarse el traje de etiqueta sentíase más tranquilo y más seguro, y de esto derivaban su repentina soltura y su aun más inesperada cortesía. Empezó por mofarse de la tosquedad de su traje provisional, y me dió las gracias con una efusión y un calor casi exagerados, por el consejo que varias veces calificó de inestimabilísimo. Y durante toda la travesía, fué para nosotros un compañero de viaje encantador. Cordial y a la vez discreto, alegre y bien educado, culto e ingenioso, demostró ser hombre de mundo y hombre de talento, lo cual no siempre es enteramente lo mismo. En suma, pronto se estableció entre nosotros esa cordialidad franca y simpática, no rara entre viajeros de largas travesías a quienes el acaso o un acontecimiento cualquiera han aproximado en la monótona vida de a bordo.

»En Suez, en el Hotel de Inglaterra, y contra lo que se había convenido, no encontramos ni cartas ni telegramas. ¿Por qué? ¿Cómo? El hecho nos ha maravillado y nos ha hecho meditar. Haced que tengamos siempre a tiempo noticias vuestras.

(Continuará en el número próximo)





# COLORÍN y su PANDILLA







(Continuación)

—¡Sango se ha escapado!—oía gritar.

—¡Han asesinado a Arussil!

No había que vacilar ni un solo momento. Los compañeros del árabe podrían alcanzarles de un momento a otro y le harían pagar muy cara su sangrienta venganza.

Sango empuñó el cuchillo con el que había matado a su enemigo, montó al chiquillo sobre sus hombros y se introdujo resueltamente en el río.

Apenas se hubo introducido, cuando vió surgir en

la semios-  
curidad de  
las aguas  
una cabeza  
monstruo-  
sa con dos  
mandíbulas  
larguísimas  
armadas de  
a g u d o s

dientes. Era un gigantesco cocodrilo que esperaba a su presa.

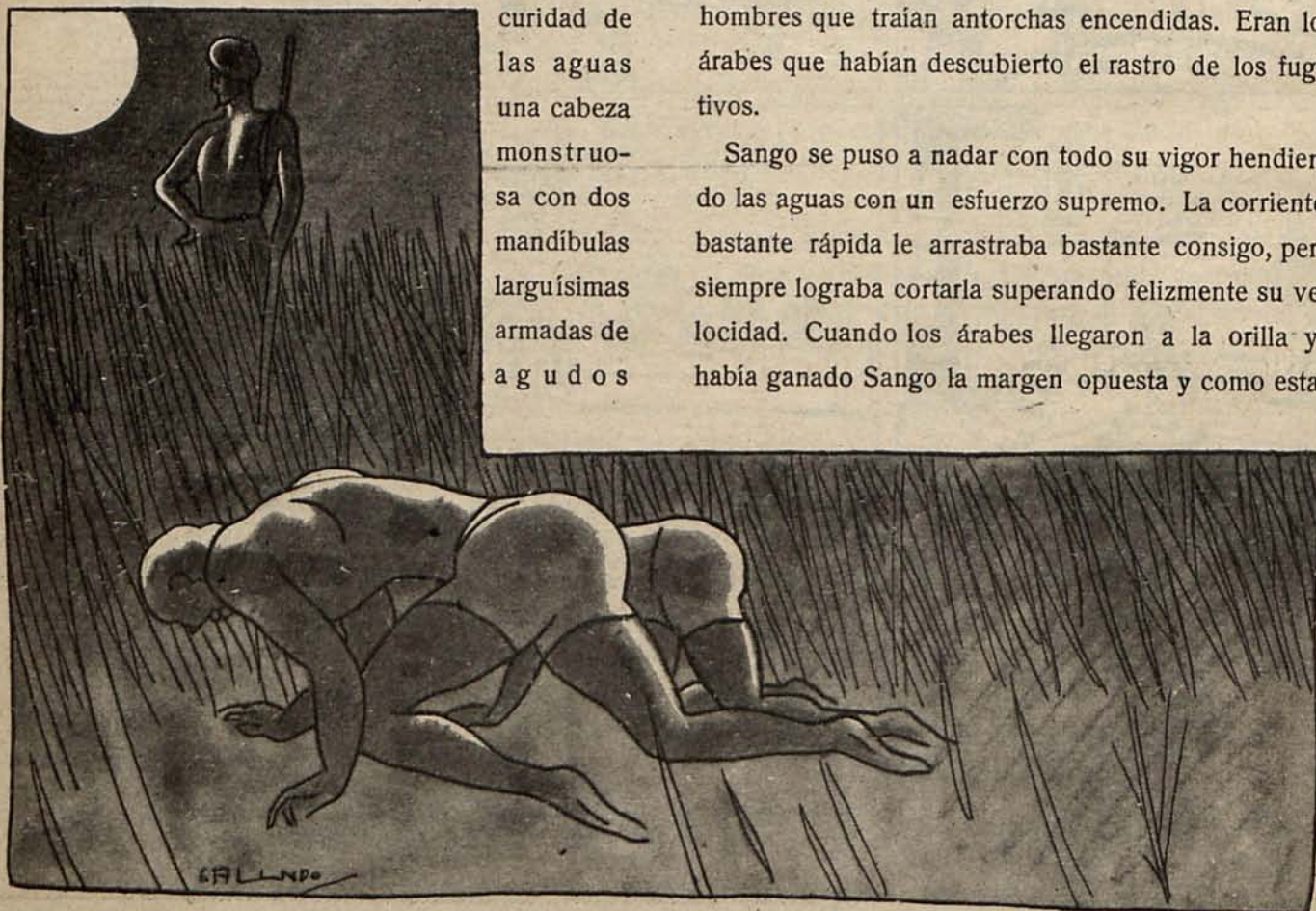
Sango era valeroso, pero en aquel instante tembló un poco de miedo. Pero como se trataba de salvar sus vidas recobró ánimo y alzando el cuchillo lo hundió en la garganta del réptil produciéndole una herida terrible.

El monstruo aunque herido de muerte intentó atacar otra vez al audaz muchacho, pero ya le faltaron las fuerzas y comenzó a hundirse levantando oleadas con la poderosa cola.

—¡Que vienen esos!—dijo en aquel momento el muchacho.

Bajo los árboles de la orilla se veían correr algunos hombres que traían antorchas encendidas. Eran los árabes que habían descubierto el rastro de los fugitivos.

Sango se puso a nadar con todo su vigor hendiendo las aguas con un esfuerzo supremo. La corriente, bastante rápida le arrastraba bastante consigo, pero siempre lograba cortarla superando felizmente su velocidad. Cuando los árabes llegaron a la orilla ya había ganado Sango la margen opuesta y como esta-







ba cubierta de espesos matorrales y árboles no le fué difícil hallar allí un refugio seguro.

Sango bajó al suelo al negrito y comenzó a abrirse paso entre el césped cuando en medio de las plantas vió brillar dos puntos luminosos con reflejos verdosos.

—Ahí hay un animal que nos espía—dijo retrocediendo—Dame las pistolas.

—Como dispaes ahora vendrán los negreros que hay en la otra orilla y nos cogerán—dijo el muchacho.

—Es verdad—contestó Sango—viendo aun en la orilla opuesta el resplandor de las antorchas resinosas que habían encendido los negreros.

—¿Será alguna fiera o sencillamente un antílope?

—Me parece que es un leopardo.

—¿Nos asaltará?

—Si no estuvise hambriento quizá huiría. Pero los acecha para atacarnos por la espalda.

—¿Qué haremos pues, Sango?

El negro no contestó. Miraba con ansiedad aquellos dos puntos fosforescentes que centelleaban en la oscuridad con una inmovilidad extraña.

La fiera, pues eso debía ser, no se movía. No se atrevía a dar el asalto aun, pero tampoco retrocedía ni cedía el paso.

Sango alzó el brazo armado del cuchillo e hizo

ademán de lanzarse sobre la fiera. Pronto vió que aquellos dos ojos se cerraban y luego volvían a abrirse mucho más dilatados.

—Se prepara a darnos el asalto—dijo al muchacho

—Colócate detrás de mí.

—Refugiémonos en el río, Sango—suplicó el negrito con voz temblorosa—ya se han alejado los negreros.

—¿No los ves ya?—dijo Sango sin atrever a volverse.

—Se han vuelto hacia el campo.

—¿No estarán escondidos entre los árboles?

—No, Sango, se han vuelto atrás otra vez.

—Ahora va a atacarnos el leopardo.

—Se deslizó a lo largo de la orilla del río llevando a su lado al chiquillo y mirando fijamente a la fiera. después comenzó a subir llevando el cuchillo siempre en alto.

Un sordo rugido le advirtió que la fiera también comenzaba a moverse.

Sango se colocó rápidamente tras el tronco de un sicómoro, después pasó de un salto tras un segundo árbol y luego tras otro.

(Continuará en el próximo número)



GALLNDO





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINME Y D. TURULATO



LOS GALLINAS COMO TÚ DEBIAIS CORTAROS LA COLETA. PARA SER TORERO HAY QUE ATRACARSE DE TORO



PUES YO NO LO HE VISTO A USTED ATRACARSE DE TORO MAS QUE CUANDO ESTÁ ESTOFADO

¡QUE TORERAZOS SOMOS! FÍJATE COMO NOS SALUDA TODO EL MUNDO



NO SE HAGA ILUSIONES DON TURU. ES QUE POR ENFRENTÉ ESTÁ PASANDO UN ENTIERRO

OYE, NIÑO, SALUDA

¿A QUIÉN SI YO NO CONOZCO A NADIE?

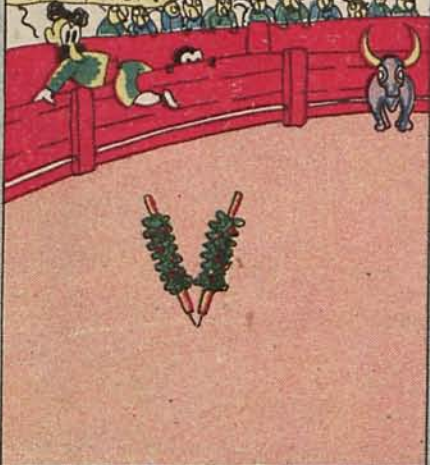


FÍJATE CON QUÉ FALTA DE RESPETO NOS MIRA. PARECE MENTIRA QUE NO NOS TENGA MIEDO



YO VOY A ACERCARME UN MOMENTITO A CASA, QUE SE ME HA OLVIDADO EL PAÑUELO

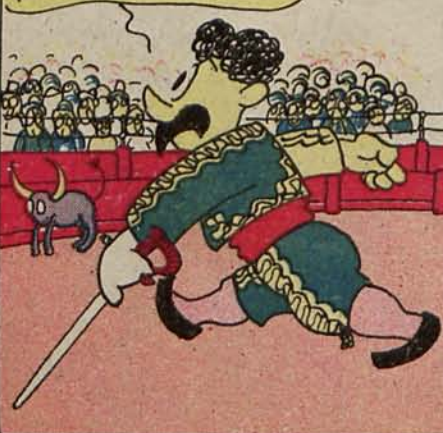
¡VAYA PAR DE BANDERILLAS QUE LE HUBIERA PUESTO AL TORO SI LLEGA A ESTAR ALLÍ!



BRINDO POR USIA Y POR TODA SU COMPAÑÍA, SI YO NO MATO ESTE TORO QUE ME PELEN EL BIGOTE



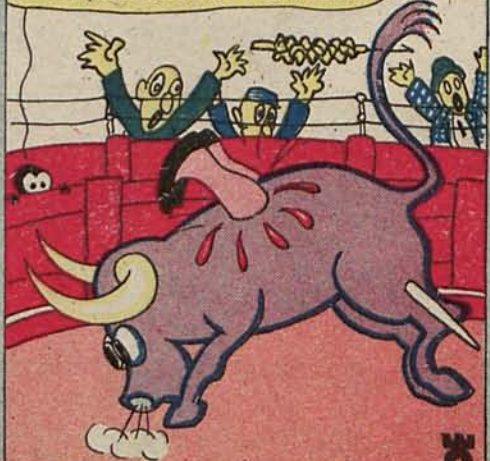
¡A VER! ¡FUERA GENTE! ¡QUE SE VAYA TODO EL MUNDO! ¡DEJARME SOLO!



¡VA POR "USTÉS"!



¡QUÉ TIO! ¡SE HA METIDO DENTRO DEL TORO! ¡ESO ES ATRACARSE!





**LAURA  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA**



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**





# CUENTOS DE CALLEJA

## LA PRINCESA CAMELIA

Castillo

**H**ABÍA un Rey y una Reina que tenían tres hijas. Querían muchísimo a las dos mayores, que se llamaban *Flor de Azahar* y *Reseda*. La pequeña, que era muy bonita y tenía tres años menos que *Reseda*, se llamaba *Camelia*. El nacimiento de la pequeña *Camelia* molestó mucho a sus hermanas *Flor de Azahar* y *Reseda*, lo mismo que a las hadas que tenían por madrinas, que se llamaban *Furiosa* y *Colérica*.

*Camelia* tuvo por madrina al hada *Bondad*; pero ésta no era tan poderosa como las dos madrinas de sus hermanas.

La Reina, que, como hemos dicho, quería entrañablemente a las dos mayores, veía con disgusto que todo el mundo se fijara en los encantos de *Camelia*, y, aunque parezca cuento, dispuso que la pequeña, en lugar de seguir criándose en Palacio, lo fuera en una alquería a seis leguas del reino.

*Camelia* se crió fuerte y robusta, pero sin perder aquellos perfiles de belleza con que Dios la había dotado. Cada año mandaban a saber de ella; pero nunca le mandaban el menor regalo; en cambio, sus hermanas vivían muy agasajadas, vestían espléndidos trajes y se adornaban con riquísimas joyas.

Sucedió un día que el Rey dijo a su esposa:

—Nuestras hijas se hallan en disposición de elegir marido, para lo cual he anunciado magníficas fiestas, que han de celebrarse todos los domingos del próximo mes de mayo. Es necesario que las prevengas, pues asistirán muchos Príncipes que las solicitarán en matrimonio.

—Supongo—contestó la Reina—que *Camelia* se quedará en la alquería.

—No—dijo el Rey—; asistirá a las fiestas, por si algún desesperado quiere cargar con ella, pues estará que dará miedo de tostada por el sol y curtida por los aires.

Hicieron en Palacio grandes preparativos: los comerciantes llevaron las telas mejores que tenían, para que *Flor de Azahar* y *Reseda* estuvieran, no sólo ricamente vestidas, sino que llamaran la atención por su elegancia. Los joyeros des-

montaron antiguos aderezos, y los convirtieron en preciosos y modernos.

Todo estaba ya preparado; ejércitos de modistas habían hecho los trajes de las dos jóvenes privilegiadas.

Al día siguiente se presentó en la alquería un gentilhombre con el encargo de invitar y hacer ir a Palacio a *Camelia*.

La arrendadora sacó un arca de pino blanco y metió en ella dos vestidos de percal, un corpiño de terciopelo y unos zapatos ordinarios, pero que estaban en buen uso, y se despidió cariñosamente de la muchacha.

Llegaron a Palacio; pero el carruaje no se paró en el peristilo de honor, sino que, dando vuelta al patio de las cocinas, se detuvo en la puerta de las escaleras de éstas.

Hicieron subir a *Camelia* a un camarachón donde no había más que una mala cama, y allí le dijeron que esperase.

Aquella noche se celebró un suntuoso banquete, al cual asistieron muchos Príncipes. *Reseda* y *Flor de Azahar* estaban radiantes, no de belleza, sino de riqueza.

A la pobre *Camelia* no la invitaron, y un pinche de cocina le sirvió un mal guisado y un plato de judías.

Mucho lloró la infeliz *Camelia*; pero se resignó a todo.

Al día siguiente, que era domingo, se efectuó el primer baile en Palacio, y los palaciegos mandaron recado a *Camelia* para que a las nueve estuviera vestida, con objeto de hacer su presentación.

*Camelia* sacó un peinecito, y, mirándose a un espejo roto, empezó su tocado colocándose en la cabeza dos plumas de gallo, y se vistió con su traje de percal; antes de abrocharse el vestido se le apareció el hada *Bondad* y le dijo:

—Tus hermanas quieren ponerte en ridículo; pero yo las castigaré.

Y tocando con su varita el tocado y el vestido de percal, convirtieron en una preciosa diadema de brillantes y esmeraldas y un vestido de tisú de plata con bullones de riquísimos encajes; las medias de lana, en preciosísimas medias de seda,







y los zapatos burdos y usados, en unos de seda con altos tacones pintados de rojo.

Fué una dama a buscarla. Cuando *Camelia* hizo su entrada en el salón y sus hermanas se preparaban a burlarse de ella, fué tal la admiración que causó, que todos los Príncipes abandonaron a *Reseda* y *Flor de Azahar* y rodearon a *Camelia*.

Entre los Príncipes se encontraba uno que se llamaba el Príncipe *Deseo*, a quien en sus sueños había visto *Camelia*. Éste puede decirse que fué el favorito: con ella bailó casi toda la noche, y la condujo del brazo al comedor cuando dieron la señal de la cena.

Tanto la Reina como *Reseda* y *Flor de Azahar* estaban furiosas del triunfo que había tenido *Camelia*, y juraron vengarse.

Terminado el baile, *Camelia* subió a su cuarto, y en el momento en que entró en él desaparecieron todas las galas.

El siguiente día se dedicó a una cacería, y a las dos de la tarde le mandaron recado para que bajara. Como el día anterior, el hada asistió al tocado de *Camelia*, y esta vez el vestido de percal se trocó en uno elegante de terciopelo granate.

Si asombró causó en traje de baile *Camelia*, fué tan grande el entusiasmo que produjo con su traje de amazona, que todos corrieron a felicitarla.

Dada la señal de montar a caballo, le presentaron un alazán fogoso que apenas podían contener cuatro palafreneros, pero el Príncipe *Deseo* hizo una señal a sus criados, que le llevaron una yegua perla, e hincando la rodilla en tierra, ayudó a subir a *Camelia*.

La heroína de la fiesta fué *Camelia*, y el Príncipe *Deseo* solicitó autorización para pedir su mano al Rey.



Sus preferencias incomodaban cada vez más a la Reina y a *Flor de Azahar* y *Reseda*, pues el Rey, desde que había visto a su hija, como todos, había quedado prendado de ella.

El Príncipe *Deseo* pidió aquella misma noche al Rey la mano de *Camelia*.

Al siguiente día, último de las fiestas, debía celebrarse una carrera de carros a la romana, y *Flor de Azahar* y *Re-*

*seda* habían preparado para su hermana un carro de modo que al poco de echar a andar se rompiese una clavija y volcara, con lo cual *Camelia* sería atropellada por el resto de los carros que tomaban parte en la carrera; pero el hada velaba por *Camelia*.

Subieron en los carros *Camelia*, *Reseda* y *Flor de Azahar*, cada una acompañada de un Príncipe; dió el Rey la

señal y partieron a galope. Las malas hermanas esperaban en balde que se saliera la clavija del carro de *Camelia*. Precisamen-

te sucedió todo lo contrario: ésta, que se había quedado atrás con el Príncipe, al pasar entre los carros de *Reseda* y *Flor de Azahar* les dió tal envite, que cayeron rodando, y malheridas fueron trasladadas a Palacio.

El Príncipe *Deseo*, que había obtenido la mano de *Camelia*, no quiso que se dilataran las bodas, y mandando un embajador a su padre, cuyo reino era vecino, éste se presentó seguido de toda su corte, y el cuarto día se celebraron las bodas con gran magnificencia. Los regalos fueron suntuosos, y los pobres del reino no olvidaron nunca la esplendidez con que fueron tratados. Cuatro días después salieron el Príncipe *Deseo* y *Camelia* para su reino.

Las Princesas *Flor de Azahar* y *Reseda* curaron de sus heridas; pero no se curaron nunca de la envidia que tenían a *Camelia*, y siempre llevaron en el rostro una señal de su desgracia. Casáronse con Príncipes secundarios, y la Reina murió de un acceso de rabia.

La envidia es uno de los defectos más grandes que los niños pueden abrigar en su corazón, y los resultados de ese vicio siempre son funestos. Por el contrario, Dios premia el amor y cariño que deben tenerse los hermanos.

Los seres fantásticos o hadas de este cuento representan: el hada *Bondad*, a la Providencia de Dios, que cuida muy singularmente de los niños humildes y obedientes, disponiéndolos desde pequeños para grandes destinos en la sociedad; y las hadas *Furiosa* y *Colérica* representan los vicios y las malas pasiones, que corrompen el corazón y le disponen para castigos temporales y eternos.—FIN.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué quieres saber hoy, mi querido Chonón?  
—Hoy quiero saber si tú has pescado ballenas alguna vez, amigo buho.  
—Tienes cada preguntita que le dejas a uno patidifuso.  
—¿Te he preguntado algún disparate?  
—Casi, casi. Ya puedes comprender que un insignificante buho como yo, es muy poquita cosa para pescar un monstruo tan descomunal como es la ballena. En todo caso lo más que yo podría hacer es ver cómo la pescaban los balleneros.  
—Eso he querido preguntarte. Si tú habías visto pescar un animalote de esos.  
—Eso ya es otra cosa. Ya te has puesto en razón, querido Chononcito. Pues, si señor, la he visto pescar ¿Quieres saber cómo se pesca?  
—Sí, me interesa mucho saberlo. Muchas veces me he preguntado a mí mismo: ¿Qué haría un pescador de caña si se le enganchase en el anzuelo una ballena?  
—O has venido hoy muy malito de la cabeza o tienes ganas de broma. No es propio de tí, pensar en semejantes absurdos. Es como si yo dijera: ¿Qué haría un cazador si de una perdigonada matase a la Luna?  
—No me hagas reír, amigo buho. Eso de matar la Luna con escopeta es imposible.  
—Pues lo mismo es pescar ballenas con caña.  
—Yo creo que no es lo mismo, pero, en fin, lo dejaremos estar.  
—Sí; es mejor; corramos un tupido velo y vamos a la pesca de la ballena. Para ello se utilizan barcos de construcción muy sólida y equipados con una porción de armas y arreos especiales. No obstante, ni el barco mejor armado puede acercarse a estos colosos del mar antes de herirle gravemente.  
—Pero para herirle será preciso acercarse a él.  
—No hace falta, porque se le hiere a distancia lanzándole por medio de un cañoncito un arpón que va prendido a un largo cable de acero. Cuando el animal se siente herido se revuelve furiosamente en las aguas. Es entonces cuando hay que mantenerse a una prudente distancia de él, pues es tal la furia y fuerza que desarrolla en sus embestidas que muchos barcos han saltado hechos pedazos al sufrir las acometidas de una ballena herida. Si el animal huye, como ocurre muchas veces, hay que forzar la marcha del buque para seguirle sirviendo de guía el rastro de sangre que la ballena va dejando sobre las aguas. No es raro tener que mantener la persecución durante muchas millas, pues a este animal tan gigantesco le cuesta mucho perder la vida y solo lo hace cuando se ha desangrado casi por completo.

En algunas ocasiones el animal muerto se hunde bajo las aguas y entonces se requieren grandes esfuerzos para sacarlo a la superficie siendo precisa la intervención de muchos hombres para llevar a cabo este trabajo que hay que realizar con extraordinaria prudencia y grandes precauciones.

—¿Aun estando ya muerta la ballena?  
—Aun estándolo, porque si su cuerpo está próximo a la superficie sube a ella con tal rapidez al menor impulso que se le haga desde arriba, que a veces hasta salta fuera del agua y pone en grave peligro a las embarcaciones que se hallen por los alrededores.  
—¿Y no se hunden los barcos al tener que soportar sobre sus cascos el enorme peso de estos cetáceos?

—No se suben a bordo, porque no es preciso. Se les sujeta bien con cables y se les remolca hasta el puerto más próximo o hasta la base donde los balleneros tengan sus instalaciones para aprovechar los despojos del animal.  
—Que son muchos y de mucho valor ¿verdad buho?  
—Muchísimos. Una buena pesca de ballenas es un negocio muy saneado porque es un animal que apenas tiene desperdicios. Todo en él es aprovechable.

Los esquimales, aunque pobremente armados y sobre frágiles barquichuelos, persiguen y matan a las ballenas con dardos contruidos con tal artificio que a cada movimiento del cetáceo herido penetran más y más en la herida, causando la muerte con lentitud, pero sin remedio.

—También ellos corren peligro con este procedimiento ¿no te parece?  
—Ya lo creo; muchos pagan con su vida esta temeridad. Pero todas las cazas de animales agresivos ofrecen sus peligros.  
Recuerda lo que te he dicho en otras ocasiones del león, del tigre, del oso, del lobo y de otros muchos.  
—Prefiero cazar conejos. Es menos expuesto y no hay que cansarse tanto.  
—Según, según. Por el monte también se cansa uno a veces.  
—Es que yo no voy al monte. Los cazo en el corral de casa y me resulta más descansado.  
—Pero es un asesinato impropio de tí. La caza hay que ejercitarla a campo libre, donde el conejo pueda defenderse con la huida y el cazador mostrar su habilidad con la escopeta. ¿Te enteras?  
—Admirablemente. Desde hoy no vuelvo a pisar el corral.

## CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

Primer premio.—Pilar Jiménez.  
Segundo premio.—Manuel Terroba.  
Tercer premio.—Angel Uriarte.  
Cuarto premio.—Antonio Ozores.  
Quinto premio.—

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

María Barroso Gintard, Manuel Núñez, Paquito Seguí, Lolita Monereo, Carmina Meric, Rocio Santurce, M.<sup>a</sup> del Carmen Miquelajaurregui, Jesús M.<sup>a</sup> Vallarino y Cánovas del Castillo, Angel M.<sup>a</sup> Hualde, Román Peñuelas, Rafaelito Xifra, Carlos Grijalvo, Francisco Amago, Antonio Cerrolaza, Adolfo Wagener, Juan Leiva, Humberto Bark, Irene Andresco, Luis Escolano, Antoñito Barbero, Roberto Gómez, Ricardito García y Joaquinito Sama.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## PREMIOS A LA COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE FEBRERO FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

Primer premio.—Carmen Arriola.  
Segundo premio.—Luciano Rivero.  
Tercer premio.—Julio J. Muñoz.  
Cuarto premio.—Rosa López de Ayala.  
Quinto premio.—J. Mollado.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Luis Vidal Rivas, Lolita Arenas, M. Hidalgo, Luis Sanz, José Brinquis, Bernardino Espinosa, Angel Moreta, Feliciano Molina, Angel López, M. Flores, N. Quintana, R. Giménez, Francisco S. Corral, Luis Guerrero, Juan Luis Calleja G. Camino, Amalia Moreta, Jorge Giménez, Enrique López, M.<sup>a</sup> Luisa Adabal, Luisito J. L. Fernández, Luis Gabriel Feliciano Molina.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Corazón de roca  
L. Rodríguez



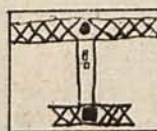
Espanta pájaros  
Miguel Nolla



Currínchi  
P. Durán



Yermo  
B. Moreno



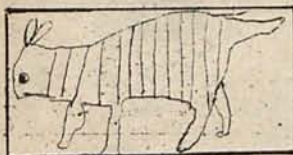
Un aeroplano  
Cipriano Molina



Paisaje  
José M. Legorburu  
12 años.



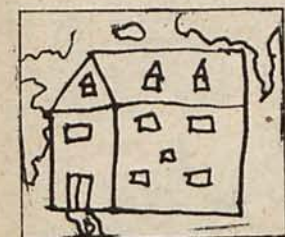
Mi hermana  
Mari Sarasa



Un tigre  
Jorgito Ceimborain



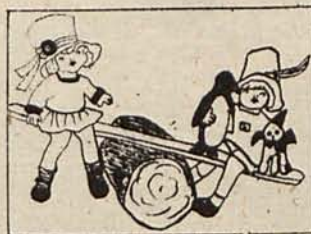
Un conejito  
Eugenia Vega



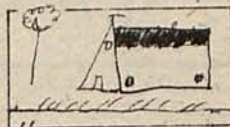
Mi casa de campo  
F. G.



Un moro  
B. Puigrodón



Dos buenos amigos  
Trini Gross



Barraca valenciana  
M.ª Antonia Cortina



Personajes pinochistas  
Pilar Jiménez



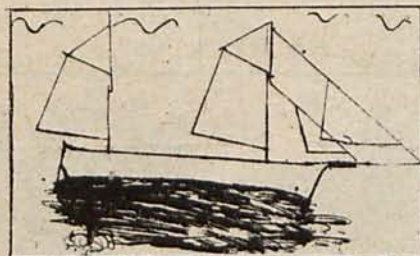
Un asno  
Eugenio de la Torre



Caperucita  
J. Jaraquemada



Salida del Sol  
Salvador Pérez



Un pallebot  
José A. Cascos



¡CATAPLAM! ¡CATAPLUM!  
es uno de los 8 tomos publica-  
dos en la preciosa Serie Bar-  
bílón de Cuentos de Calleja  
en colores.

Precio UNA peseta.



Una marquesa  
Miguel Urrutia



Rosa Luz  
Inés Jaraquemada



Flor de Luz  
Aurorita Carrasco



¡Oooooóél  
Jorge González



Una japonesita  
Amalia Moreta



Mi primo en carnaval  
Ana Julve



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

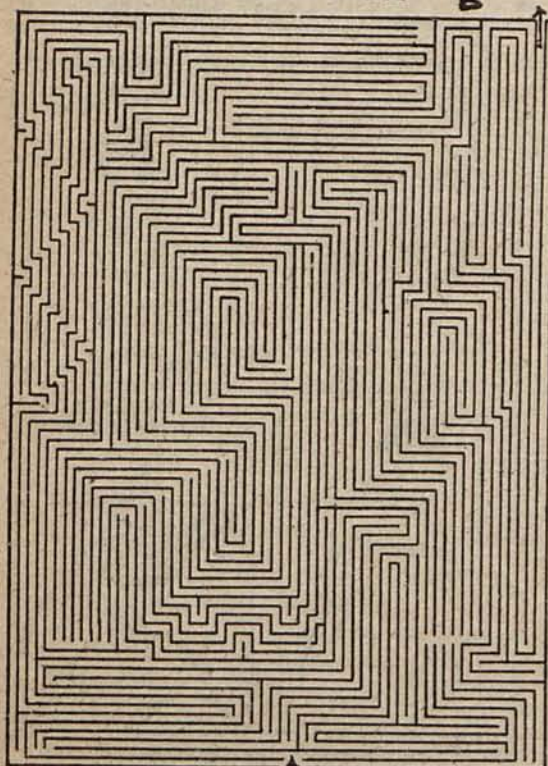
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## DIBUJO CON ERRORES



### LA ENCRUJADA

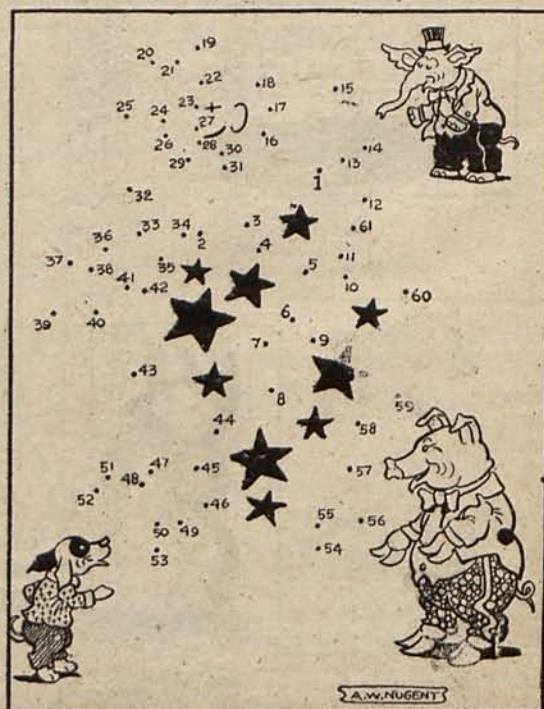
Diez y siete errores hay en este dibujo. ¿Cuáles son?



Saliendo de  
A ¿qué camino  
hay que seguir  
para llegar  
a B?

¿De qué se  
ríen esos ani-  
malitos? Lo  
averiguaréis  
con sólo tra-  
zar, siguiendo  
el orden de los  
números, unas  
líneas?

### LA RISA





# ANITA

## BUE- CORAZON





# SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

## LA ISLA MARAVILLOSA

(FIN)

Dejamos al leñador Bienvenido en el trágico instante en que perseguía a la princesa; llamo a aquel instante, «trágico» porque entonces fué cuando ante los pies del joven surgió de la tierra un haz de leña con el cual tropezó y cayó.

Al querer levantarse, sintió sobre sus hombros un peso terrible: era el haz de leña que había saltado solo a colocarse encima de él; todos sus esfuerzos para arrojarle fueron vanos; en vista de lo cual se puso penosamente en pie. Ante él, había una vieja que le miraba con una sonrisa burlona de su boca desdentada.

La vieja dió un salto, se colocó sobre el haz de leña y dijo:

—Anda, corre.

—No puedo—gritó desesperadamente el pobre Bienvenido.

—¿Que no puedes? Pues, duro, duro.

Y la vieja se puso a molerle las costillas con un garrote que llevaba; el pobre muchacho no tuvo más remedio que hacer un esfuerzo y echar a correr. Así llegaron a un árbol altísimo que tenía algunas frutas en la cima:

—Tengo hambre—dijo la vieja—; salta para que yo pueda alcanzar esas frutas y comérmelas.

—¡Eso sí que es imposible!

—O saltas o te rompo las costillas.

Y tornó a pegarle con toda su alma. Bienvenido quiso saltar y apenas consiguió elevarse unos centímetros; la vieja seguía pegando; volvió a saltar varias veces y al fin alcanzó las altas ramas del árbol de las cuales se colgó mientras que la vieja, muy tranquila, se atracaba de frutas.

Cuando volvieron al suelo, le dió los huesos que estaban más duros que el mármol; pero el infeliz tenía tanta hambre que consiguió partirlos con los dientes para extraer las almendras que contenían.

Así transcurrieron varios días; la vieja no le dejaba ni un instante, ni le daba de comer más que huesos de frutas; pero, cosa extraña, ya el peso del haz de leña y de la vieja no le parecía tan terrible, ni se le hacía tan difícil alcanzar las altas ramas de los árboles, ni le costaba tanto trabajo partir los huesos de las frutas. Llegó a no sentir cansancio alguno y resolvió utilizar sus fuerzas para desembarazarse de su verdugo.

En un momento en que la vieja le pegaba, sin duda por no perder la costumbre, agarró el garrote y lo lanzó con tal violencia que, palo, vieja y leña desaparecieron por los aires, detrás de las nubes. ¡Menudo suspiro de alivio lanzó entonces el pobre Bienvenido!

En aquel instante, vislumbró a la princesa Perlina que pasaba sobre su alado corcel y se precipitó detrás de ella como la primera vez.

Estaba tan acostumbrado a correr cargado que, con la espalda libre, le fué facilísimo alcanzar el caballo encantado; y tan acostumbrado estaba a saltar que cuando el caballo se elevó por los aires, logró colgarse de las riendas. El caballo descendió a tierra, dócilmente y quedó inmóvil mientras la princesa decía:

—Ya que has vencido a mi montura, ayúdame a apearme y te concederé mi mano.

Creía que el peso de sus alhajas agobiaría a su nuevo adorador; pero aquello no era nada para un hombre acostumbrado a correr bajo el peso de un haz de leña y de una vieja; Bienvenido cogió a la princesita y a pesar de sus alhajas mágicas, la sostuvo al aire con una sola mano, como si fuese una pluma.

—¿A dónde quieres que te lleve?—la preguntó.

—Al palacio de mi madrina—contestó Perlina, asombrada.

—¿Dónde vive tu madrina?

En la isla Maravillosa.

Bienvenido llevando a la princesa en una mano y teniendo con la otra las riendas del caballo, se acercó al puente de hilo de plata.

—Si el puente se rompe dijo—moriremos los tres.

Al oír estas palabras, el caballo agitó sus alas y así pasaron fácilmente a la otra orilla.



Bienvenido corrió hacia el palacio sin soltar su carga; había una sola puerta; era de bronce y la cerraba un enorme anillo de platino.

—Has de partir este anillo para abrir la puerta—dijo la princesa—pero, si nos sueltas nos escaparemos para siempre.

Bienvenido no tuvo más remedio que partir el anillo con los dientes; estaba tan hecho a partir huesos durísimos que casi sin esfuerzo ¡crac! lo dividió en dos y la puerta se abrió de par en par.

La madrina de Perlina salió a recibir al triunfador ¿cuál no sería la sorpresa de Bienvenido al reconocer en ella a la horrible vieja que tanto la hizo sufrir? Pero no parecía la misma; iba vestida con gran lujo y una sonrisa de bondad iluminaba su rostro.

Soy—dijo con voz dulce—el hada Adversidad y no soy tan mala como parezco; los malos tratos que yo te infligía, eran en realidad lecciones inestimables a las cuales debes hoy la dicha y la fortuna.

Aquel mismo día, Bienvenido vestido como un rey y teniendo en la mano el cetro de mando de la isla Maravillosa, se casó con la bella princesita Sabina.

¡Digo! ¡qué tonta soy! Pues ¿no acabo de llamar «Sabina» a la princesa Perlina? Y es que la princesita de mi cuento, con todas sus alhajas de perlas se parece mucho a mi Pirulinda Sabina, con su sencillo traje de cretona.

No es extraño que la propia Sabina cuando está en su roca se crea transformada en princesa Perlina, esperando en su isla Maravillosa, la llegada de un pretendiente que sepa aprovechar, para merecer su blanca mano, las sabias enseñanzas de la madrina Adversidad.



GALLAND

